

Érase una vez
una niña a la que su
abuela le había tejido una
caperuzita de color rojo, como
siempre la llevaba puesta, todos
en el pueblo la conocían como
CAPERUCITA ROJA. Un día su
madre le pidió que llevara una
cesta con dulces a su querida
abuela, no sin advertirla
de que no se desviara del
sendero. Así pues,

Caperucita
cogió la cesta y
siguió el sendero.

Al llegar a la
entrada del bosque,
apareció un lobo que le
preguntó qué llevaba en la
cesta. –Leche, pan y miel –
contestó. El lobo, relamiéndose, le
preguntó dónde se dirigía a lo que

Caperucita respondió:

–A casa de mi abuelita, al
final del sendero. –Si entras
en el bosque llegarás antes –dijo
el lobo– y podrías coger algunas
flores. Seguro que a tu abuela le
gustan mucho las flores. Caperucita
decidió hacer caso del lobo y adentrarse
en el bosque. Hecho que aprovechó el
lobo para adelantarse y llegar antes a
casa de la abuela. Habiendo engañado
a Caperucita, al lobo no le resultó difícil
engañar a la abuela diciendo que era su
nieta. Al oírlo la anciana abrió la puerta y el
lobo se la zampó. Se disfrazó con las ropas de la
anciana y se metió en la cama, a la espera.

Al poco tiempo tocaron a la puerta.

–Abuela, soy yo, Caperucita,
te traigo leche, pan y miel, y
unas flores también.

Entra
querida
– d i j o
el lobo con

voz ronca– no
me encuentro bien y
me he acostado en la cama.

Caperucita entró en la casa, dejó
la cesta y las flores y se acercó a la
cama, donde el lobo disfrazado estaba.

Al verla de cerca, Caperucita exclamó: –Ay
abuela, ¡qué orejas más grandes tienes! –Son para
oírte mejor. –Abuela, qué ojos tan

grandes tienes. –Son para
verte mejor. –Abuela, ¡qué
manos tan grandes tienes!

–Son para cogerte mejor.

–¡Abuela, qué boca tan enorme
tienes! – ¡Para comerte mejor!

Dando un salto el lobo se tragó
entera a Caperucita, de un solo
bocado. Saciado tras la comilona,
decidió echarse una siesta. Se
metió en la cama a dormir. Ya se
iba haciendo de noche y el leñador
regresaba a su casa, como cada tarde,
por el sendero. Pasó por delante de la
casa de la abuela, extrañado por los
fuertes ronquidos que se oían en el
interior de la casa, entró y cuál fue
su sorpresa al encontrarse en la cama
al lobo. Sin tardar, lanzó su hacha
desgarrando la panza del animal,
del que salieron enteras e ilesas,
aunque muy asustadas, Caperucita y su abuela.

Fue así como Caperucita aprendió a no confiar en los consejos
de los desconocidos, pues por muy amable que se presente, un lobo
sigue siendo un animal peligroso.